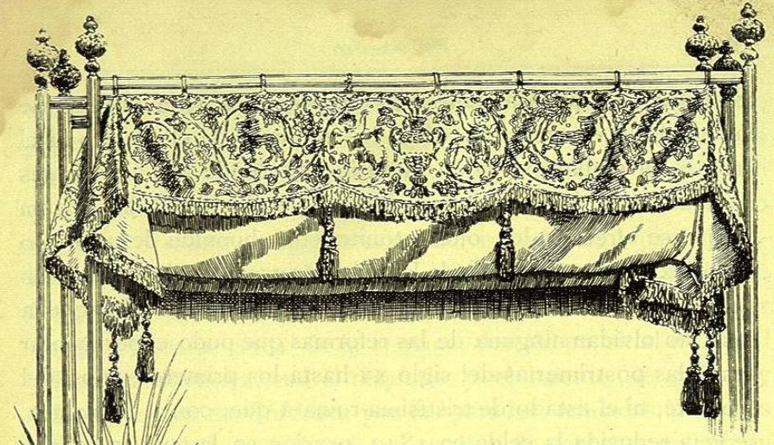

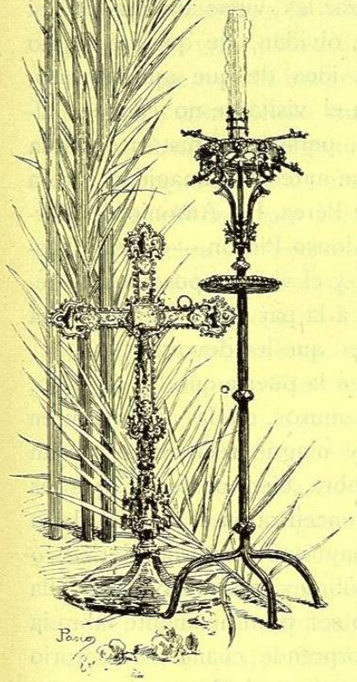

CAPÍTULO XII

La Rábida:—La Celda llamada del Padre Marchena.—Cristóbal Colón

Cuando la mano del conserje, á cuyo cargo están la conservación y la custodia de aquel edificio solitario, hace girar la llave en la cerradura de la puerta que abre y da paso á la estancia donde la tradición supone vivió el pretendido P. Marchena,—vuelven involuntariamente á reproducirse en el espíritu del visitante para quien no sean mero objeto de banal curiosidad los monumentos, las mismas emociones que experimenta al solo nombre de la Rábida, evocadas como por acto de mágico encantamiento aquellas augustas sombras cuya grandeza impone, con-

trastando maravillosamente con la pequeñez y la miseria de los hombres de nuestros días. No ignoran, ni el viajero ni el artista sin embargo, que la estancia por donde van á errar sus miradas, no se halla, no puede hallarse, en la misma disposición en que se ofrecía á los ojos atónitos del humilde desconocido piloto extranjero, llevado á la Rábida por providencial destino sin duda, y donde hubo de conocer al virtuoso Guardián de aquella casa; no olvidan ninguna de las reformas que pudo experimentar desde las postrimerías del siglo XV hasta los primeros años del presente, ni el estado de tristísima ruina á que, con el Convento, se veía reducida la celda en 1849, ocasión en la cual se hallaba despojada del pavimento para utilizar las vigas de madera, ni la piadosa restauración finalmente, olvidan, de que fué objeto en 1855; y á pesar de ello, la sola idea de que aquel recinto, más ó menos estrecho, y que aún el visitante no conoce, albergó un tiempo, harto memorable, personajes históricos de la entidad y de la importancia con que ante la humanidad entera aparecen Cristóbal Colón, Fr. Juan Pérez, Fr. Antonio de Marchena, Garci Fernández y Martín Alonso Pinzón,—es muy bastante para que se sientan el artista y el viajero poseídos de religioso respeto, y teman y deseen á la par que aquella puerta les sea franqueada, para saciar la sed que les devora.

¿Cómo han de fijar la atención en la puerta que les da paso, en los balconcillos que perforan los muros, en la alacena ni en las otras puertas, que allí existen, y ningún recuerdo guardan de aquellos ilustres varones, cual obra bien posterior que es la suya,—si toda su atención se reconcentra en el ámbito de la estancia, y molesta cuanto en ella hay que perturba, detiene ó distrae el vuelo de la imaginación sobreexcitada?... Bajo aquella techumbre de alfarje, que bien pudo ser primitivamente labrada en el siglo XV, y que maravilla y sorprende cuando es notorio y público el despojo de que fué víctima el Convento, y aun aquella misma celda, cuyas soleras buscaron con afán los mercaderes y traficantes de las ruinas y materiales de las casas de

religión violentamente secularizadas;—bajo aquella techumbre, repetimos, cree el ánimo contemplar el cuadro que ofrecería la Celda en la época en que habitaba en ella como Guardián el P. Fr. Juan Pérez: aquella puerta cerrada al fondo, y en cuyo moderno carácter no habrán aquellos visitantes de reparar seguramente, daba acceso á la celda particular donde tenía su humilde lecho el virtuoso fraile; un bufetillo de tosca madera y de labor no menos tosca, cerca de la ventana; detrás, un sitial de nogal y hechura de tijera, con el respaldo y el asiento de grueso y labrado cuero de Córdoba; por las paredes, miniadas imágenes de santos sobre pergamino; un crucifijo de cobre esmaltado y de cruz florenzada, á la cabecera del lecho; un vargueño de herraje dorado y de pino pintado, en un lienzo de la pared, y sobre el bufete, con la imagen en talla del Seráfico San Francisco, un aparato conteniendo varias reliquias, un tintero, y diversos libros de mano, con algunos impresos con arreglo al invento de Guttenberg, ocho años antes del de 1484 conocido en Sevilla.

Si aquella fué, por tradición no interrumpida en tiempo alguno, la Celda del Guardián, quizás tendría la puerta del ángulo del fondo, á la derecha; quizás ocupase el centro de la estancia larga mesa de pino ó de nogal, de pies retorcidos y trabados entre sí por elegantes brazos de hierro forjado, y cubierta por largo paño de veludillo obscuro y verdoso; los muros, decorados de tablas religiosas diestramente pintadas y estofadas; tendidos á lo largo de ellos, sendos sitiales de hechura no muy desemejante á la de los de la celda interior, y entre ellos, acaso en lugar de preferencia, alguno de madera tallada, con respaldo ornado de resaltadas labores, pináculos en los extremos, rosetones en la caja inferior, y mullido cojín de lanas cubierto de velludo para el asiento; alternando con los sitiales, hermoso arcón de nogal, cuyos frentes llenaba filigranado encaje de agujas, círculos, flores, cardinas y enrejados, sobre lo cual destacaban, tomadas algún tanto del orín por la humedad de los marinos aires, dos grandes cerrajas de hierro, cuyas fallebas fingían enrosca-

das sierpes. Acaso en el mismo hueco de la actual, se hallaría también la alacena, á cuyos lados, perdida algún tanto la decoración pictórica, se alzaban sobre sus peanas sendas papeleras labradas por igual arte que el arcón, y en el frente principal, seguramente señalado en el lienzo de pared que corresponde al claustro, hermosa tabla, de mayor tamaño, representaba de nuevo al Seráfico San Francisco.

Pesados cortinajes de brocatel, algún tanto descoloridos por el uso, templarían la luz que penetraba por las estrechas y largas ventanas, alguna de ellas ajimezada sin duda, perdiéndose sus rayos en el cóncavo y sombrío artesón de la techumbre, obra también del mismo siglo xv, en la cual resplandecía la tradición artística de aquellos *moros mudaxares*, ya en su mayor parte convertidos, que hacían vida común con los cristianos viejos y que habían con éstos trabajado en la reconstrucción y reforma del Convento. Así, poco más ó menos, debía en la imaginación del visitante aparecer la estancia á las miradas de Cristóbal Colón, aquel día de los postreros quizá del año 1484, cuando arrancado de improviso por la voz de su hijo Diego á las cavilaciones y fantasías de su conturbado espíritu, penetraba no sin recelo en la Portería de la santa Casa pan y agua pidiendo para el desfallecido infante que traía en los brazos. Mientras el lego, afable y cariñoso, le hacía penetrar en el primer claustro, muy distinto de lo que ahora aparece, y con el birrete de velludo en las manos, la cabeza caída, y dos lágrimas de desesperación y de pena en los ojos, esperaba el mísero extranjero, —seguramente, como el poeta lo ha soñado, siguiendo á la tradición que ha confundido en una sola persona las de Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena:

Fray Juan Pérez de Marchena,
Guardián entonces por dicha,
junto á los viajeros pasa
volviendo de decir misa;
y curioso contemplando

su apariencia peregrina,
informóse del socorro
que cortésmente pedían.
Y por un secreto impulso,
que en favor de ellos le anima,—
inspiración de los cielos
que su nombre inmortaliza,—
ó porque era religioso
de caridad, y de eximia
virtud, y muy compasivo
con cuantos allí venían,—
á aquellos huéspedes ruega
que en su pobre celda admitan
parte de su escaso almuerzo,
y descanso á sus fatigas.
Aceptado fué el convite;
y por la escalera arriba,
el religioso delante
y el hijo y padre en pos iban,
formando un sencillo cuadro,
cuyo asunto ser dirían,
el talento y la inocencia
con la religión por guía.

Taciturno y silencioso siempre, el extranjero, agradecido á la bondad de aquel religioso, penetra en la estancia, y se detiene indeciso al lado de la puerta, sosteniendo al niño, en quien no ha vencido la curiosidad al hambre; á una indicación del Guardián, avanza y toma asiento en uno de los anchos y cómodos sitiales, teniendo en la una mano el birrete de velludo y el zurrón, y estrechando con la otra al hijo de sus entrañas, que le mira angustiado. El fraile da sus órdenes al lego, y mientras el apetecido almuerzo viene, arrastra otro sitial al lado de aquel que ocupa el desconocido, y con acento lleno de compasiva dulzura, varias preguntas

hace al extranjero, acerca
de su patria, de su estado,
y del arte que profesa:
aunque aquellos instrumentos,

con que la criatura juega,
que le son muy familiares,
ya casi se lo revelan.
Que es genovés y viudo,
atento el huésped contesta;
que es navegar su ejercicio,
y de piloto su ciencia.
Y así como una vasija,
que está rebosante y llena
de un líquido, algo derrama
á muy poco que la muevan,
—dió indicios claros, patentes,
en sus fáciles respuestas,
de aquel grande pensamiento,
portentoso que le alienta,
que exclusivo su alma absorbe,
que es la sangre de sus venas,
que es el aire que respira,
que es ya toda su existencia,
y que causó los extremos
que delante de la iglesia,
el mar contemplando, hizo,
como referidos quedan.
Que el Occidente escondía,
dijo, riquísimas tierras;
que era el ancho mar de Atlante
de la gran Tartaria senda,
y que dar la vuelta al mundo,
para el caso, fácil era,
con otras raras especies,
tan inauditas, tan nuevas,
que al escucharle, pasmado
Fray Juan Pérez de Marchena,—
aunque á osados navegantes
hablaba con gran frecuencia,
por haber muchos en Palos,
y aunque sabe las proezas
y raros descubrimientos
de las naves portuguesas,—
no sabe si está escuchando
á un orate ó á un profeta:
si es un ángel, ó un demonio,
el hombre que está en su celda.

Mudo se alza, llama al lego,
y que busque á toda priesa
le manda, á Garci-Fernández,
que estaba há poco en la iglesia (1).

De parecida suerte, pudo con efecto, tener principio aquel grandioso drama, y no de otra manera, conforme á la tradición, debían presentarse los personajes que en su prólogo habían de intervenir; el extranjero, á quien sobreexcitaba el espectáculo del mar, que divisaba desde las ventanas de la Celda, desbordando sin darse cuenta de ello, y olvidado de todo; el religioso, lleno de asombro, de recelos y de dudas, desconfiando de sí propio, y movido por curiosidad invencible hacia aquel hombre extraño, mitad mendigo, mitad piloto, á quien la Providencia enviaba, ofreciendo á sus ojos deslumbradores panoramas en regiones desconocidas. Quizás al escuchar al extranjero, cuyo nombre aún ignoraba, Fray Juan Pérez recordaría el tan manoseado «vaticinio de nuestro Español Séneca, que con excesso de lo que puede prevenir la prudencia humana, ó quizá con algún Enthusiasmo, dexó escrito en su *Medea:*

Venient annis
Saecula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Tiphysque novos
Detegat orbes, nec sit terris
Ultima Thule » (2).

---

(1) No hay para qué decir que en el precioso romance del duque de Rivas, según apuntamos en el texto, impera por completo la tradición con todos sus errores; consta que Garci-Fernández ó García Hernández, el físico de Palos, según su propia declaración, se hallaba presente cuando Colón demandaba en 1484 pan y agua para su hijo Diego en la Portería del Convento.

(2) Rodrigo Caro tradujo estos versos de Séneca en la siguiente forma:

« Vendrán en siglos tardíos
años, en que el ancho mar
dé rienda á las ataduras,
con que aora preso está.
»Tierras, jamás conocidas,
entonces parecerán;

En estos pensamientos sorprendían acaso al Guardián del Convento de Santa María de La Rábida, como la leyenda quiere, la casi simultánea llegada del lego, conduciendo el almuerzo, que colocó sobre la mesa disponiéndola al propósito, y la de su amigo Garci-Fernández, quien

era médico de Palos,
hombre docto y de experiencia,
de sagacidad y astucia,
de malicia y de reserva.
Viejo y magro, pero fuerte,
mellado, la cara seca,
calvo, la barba entrecana,
y la tez tosca y morena.
De estezado una ropilla,
calzas de burda estameña,
la capa, de pardo monte,
y el sombrero de alas luengas,
era su traje. La mano
y el hábito al fraile besa,
y al incógnito saluda
con curiosidad inquieta.

Aceptando por su parte el modesto convite del que se supone Guardián (1), Garci-Fernández tomaba asiento con él y el extranjero y el niño á la mesa, comenzando en silencio aquel almuerzo del cual había de resultar tanta gloria para España. No cesaban de observarse recíprocamente los comensales, y

y el diestro Tiphys entonces
nuevo orbe descubrirá.
»Aunque la escondida Thule
oy es último lugar,
en aquel tiempo futuro
Plus ultra se hallará».

(*Chorogr.* fol. 208)

(1) Garci-Fernández en su declaración, publicada por Navarrete en su *Colección Diplomática*, tomo III, pág. 561, sólo dice «que estando allí ende este testigo, *un fraile*, que se llamaba Fr. Juan Pérez, que es ya difunto (1515) quiso hablar con el dicho D. Cristóbal Colón», etc.

al cabo, satisfecha la necesidad, y verdaderamente impaciente,

..... el silencio interrumpe,
después de haber hecho seña
al sagaz Garci-Fernández,
Fray Juan Pérez, y comienza
á hablar de navegaciones
y desconocidas tierras,
preguntándole á su huésped
su parecer sobre ellas.
Fué bastante haber tocado
con sagacidad la tecla:
la facilidad verbosa
del genovés se despliega,
y con aquellas razones,
de convencimiento llenas,
con que se sienta y sostiene
lo que se sabe de veras,
sus inspiraciones pinta,
sus observaciones cuenta,
su sistema desenvuelve,
sus proyectos manifiesta.
Recurre á sus pergaminos:
los desarrolla, y enseña
cartas, que él mismo ha trazado,
de navegar, mas tan nuevas,
y—según él las explica,
en cosmográfica ciencia
demostrándose eminente,—
tan seguras y tan ciertas,
que el pasmo del religioso
y su indecisión aumentan,
mientras al médico encantan,
le convencen, y embelesan.
De aquel ente extraordinario
crece la sabia elocuencia,
notando que es comprendido,
y de entusiasmo se llena.
Se agranda, brillan sus ojos
cual rutilantes estrellas;
brotan sus labios un río
de científicas ideas:
no es ya un mortal, es un ángel,

de Dios un nuncio en la tierra,
un refulgente destello
de la sabia Omnipotencia!

Escuchando á aquel hombre, que habla con el convencimiento del que está seguro de lo que dice,—el religioso, en quien, á la piedad cristiana, había sucesivamente seguido la curiosidad, y á la curiosidad, al postre, «la comprensión del proyecto más gigantesco que habían visto los siglos», y el físico, sorprendido en un principio, y ganado al fin por las razones del desconocido extranjero, se sienten á la par poseídos del mismo ardor que aquel les comunica con sus palabras. No dudan ya: todo aquello que han visto con los ojos de la fantasía, todo aquello que el piloto genovés les refiere, después de los argumentos y de las pruebas científicas que con facilidad portentosa aduce, todo aquello es cierto. El mundo no tiene los límites que se le señala: no es su término aquel mar que los geógrafos musulmanes llamaban *circunfuso* y *de las tinieblas*, y que parece en el lejano horizonte confundir sus aguas con la bóveda celeste:

el médico, el religioso,
y hasta el lego que á la mesa
sirve, y ha escuchado inmoble
y con tanta boca abierta,
mas sin entender palabra,
en entusiasmo se queman,
y de haber visto aquel día
dan gracias á Dios sus lenguas.
Y piden que luego luego,
se lleve á cabo la empresa;
y quieren ir, y una parte
tener en las glorias de ella.
Y ya se ven en los mares,
y ya en ignoradas tierras,
y ya, el asombro del mundo,
con nombre y con fama eterna,
formando la celda un cuadro

digno de que en él hubieran
ó Zurbarán ó Velázquez
apurado sus paletas.

Súbito desfallecimiento se apoderaba no obstante de aquellos ilustres soñadores, cuando, pasado el ardor primero, la realidad aparecía á sus ojos desconsoladora y fría, helando el entusiasmo en los corazones, y demostrando por convincentes modos cuán imposibles eran, en medio de la pobreza de unos y otros, aquellas fantasías risueñas y tentadoras á que habían el físico y el religioso entregado su espíritu, exaltados por las palabras del mareante! Desatendido, tratado como iluso y visionario en Génova, su patria, en Venecia y en la corte de Lisboa, cuyos atrevidos navegantes se lanzaban á la sazón á empresas exploradoras de importancia con que les convidaba de continuo aquel mar inmenso que se agita en sus costas dilatadas,—había por aventura llegado á aquel solitario Convento con el alma llena de amargura, dudando de los hombres y aun dudando de sí propio, é impulsado á su probable regreso de Portugal por la mano de la Providencia, que le hacía arribar á Palos, en esta punta de tierra, que no era entonces, ni es hoy camino para nada.

De ser verdaderas, como son verosímiles por lo menos, las indicaciones por algunos autores hechas,—la idea de Colón habíase completado al escuchar á cierto navegante español la relación de uno de aquellos frecuentes accidentes marítimos que á él le había ocurrido: era el navegante español, el piloto Alonso Sánchez de Huelva, natural de la villa de este nombre, y el accidente, el que refieren los escritores en los siguientes términos, después de hacer constar que con el «navío pequeño» de la pertenencia del dicho Alonso Sánchez, trataba éste «desde España á las islas de las Canarias y de Madera»: «cerca del año 1484», y «andando en aquella navegación, atravesando desde una de las islas á la otra,—le dió un temporal deshecho que, no pudiendo

resistirlo, hizo, como buen piloto, en dejarse llevar á la mar de la tormenta, y corrió veintiocho ó veintinueve días sin saber en qué rumbo, pues en todo este tiempo, por ser tan tempestuoso, no pudo buscar la altura del sol y del Norte, con que padecieron los del navío grandísimo trabajo, porque la tormenta era tal, que ni los dejaba comer ni dormir.» «Al cabo de todo esto, se hallaron en una isla que, aunque no se sabe la que fué, se tiene por cierto es la que se llama de Santo Domingo.» « Y para que se vea, —dicen,—cuán conocido milagro y obra de Dios fué este suceso, se tiene por muy cierto que el viento que causó esta tormenta fué el Este, por estar esta isla al occidente de las Canarias, y en aquellas navegaciones es el que aplaca las tormentas.

«El piloto saltó en tierra,—prosiguen,—y tomó la altura, escribiendo muy por menudo lo que él veía, y lo que sucedió por la mar; y dando vuelta, después de haber tomado agua y leña, se volvió á tiento sin saber el viaje de la venida, por cuya causa tardaron de manera que se les acabó el bastimento, agua y leña, y no llegaron á las Canarias más que cinco ó seis, y entre ellos el piloto Alonso Sánchez de Huelva, y fueron á parar en casa de Cristóbal Colón, genovés, porque supieron cuán gran marino y cosmógrafo era.» « En el tiempo que vivió el buen Alonso Sánchez,—añaden,—le dió cuenta á Colón de todo lo que había pasado en la ida y vuelta, y de la isla á dónde habían llegado, entregándole los papeles que en el camino había hecho.» « Por esto, y por lo que la ciencia que tenía alcanzaba, tuvo por sin duda que había otro nuevo mundo...» « Con lo cual,—concluyen,—después de muerto Alonso Sánchez, que dió principio á tan grandes cosas, trató de ponerlas en ejecución» (1), como lo hizo.

En apoyo de esta serie de afirmaciones que, lisonjeando el

(1) D. Juan Agustín de Mora, *Huelva Ilustrada*, párrafo 3.°, págs. 20, 21 y 23, tomando el relato de D. Fernando Pizarro y Orellana, que floreció por los años de 1630, en su obra *Varones ilustres del Nuevo-Mundo*, cap. II.

nacional orgullo, podrían obscurecer y extraviar la razón más serena,—cítase en primer término el testimonio de Antonio Gallo, genovés, que vivía en 1499, quien declarando habérsele ocurrido á Bartolomé, hermano de Cristóbal Colón, la idea del descubrimiento, hizo partícipe de ella á éste, después de haber consultado á los náuticos (1). Como prueba de grande eficacia, por lo que hace á la posibilidad y á la verosimilitud de que uno de estos hombres experimentados en las cosas del mar hubiese sido Alonso Sánchez de Huelva, y á la certidumbre de que fué él el primero en dar con las Indias occidentales,—alégase el testimonio tradicional del inca Garcilaso de la Vega, natural de Cuzco, y capitán de S. M., quien, sin interés alguno personal en el asunto y sin relación tampoco, directa ó indirecta, con Huelva, declaraba por su parte á principios del siglo XVII « haberlo oído decir á su padre y contemporáneos, que alcanzaron á muchos de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo-Mundo, que en aquellos tiempos era la mayor y más ordinaria conversación» y hablilla, añadiendo después de referir la forma que tuvo de ser descubierta aquella tierra por Alonso Sánchez de Huelva, que « este fué el primer principio y origen del descubrimiento del Nuevo-Mundo, de la cual grandeza podrá loarse la pequeña villa de Huelva que tal hijo crió, de cuya relación certificado Cristóbal Colón, insistió tanto en su demanda» (2).

Contribuyendo al mismo fin, y demostrando que fué general en Andalucía y entre los doctos, durante el siglo XVI y el principio del siguiente, la creencia de que Alonso Sánchez de Huelva había sido involuntario y forzado descubridor de las Indias occidentales, y revelador de tal descubrimiento al piloto geno-

(1) Muratori, *Rerum Italiae*, tomo XXIII, fol. 302, inserta el comentario de Antonio Gallo (Dictamen emitido por el doctor D. José Cevallos acerca de la *Huelva ilustrada*, de Mora, é impreso con esta en Sevilla el año 1762, y con relación á las *Noticias adquiridas*, que Mora publica al fin de su obra).

(2) *Primera parte de los Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas*, etc. (Lisboa, 1609), lib. I, cap. III, cit. por Cevallos.